

-1-  
Dictinio de Castillo Elcjabeytia  
murió: la noticia me llega desde la  
lejana Murcia, donde él y yo nos  
conocimos hace más de 40 años.  
La espiritualidad del poeta Dictinio  
tiene tres centros: Galicia, nació  
en El Ferrol y es, como decía Azorín,  
"hombre de mar". Fue oficial de ma-  
rina. Su obra esencial la bautizó:  
"Argos - poesía del mar y del alba".  
El "ando mar" domina sus visiones  
poéticas, y Argos es el nombre del  
buzo que fue construido bajo la  
protección de Minerva, amiga de Ja-  
són y sus "argonautas", miembros de  
la expedición en busca del vellocino  
de oro - magnífico símbolo para

Carta del Dr. Flaskampf a  
Antonio de Hoyos, sobre  
Dictinio del Castillo



-2-

un poeta, cuya cuna se encontró  
 en la tierra de las rías.  
 El segundo centro es: Murcia.  
 Me conmueve la evocación de esa  
 región regada por el río Segura,  
 con sus huertas, sus vestigios árabes,  
 su Universidad regida en aquellos  
 años por D. Jesús Mérida, posterior-  
 mente Obispo de Astorga que con  
 tanta benevolencia intervinó por mi  
 permanencia como lector de alemán en  
 la Universidad <sup>cuando</sup> fui, en noviembre de  
 1.943, reclamado a reincorporarse a  
 filas - desde luego sin éxito. Murcia -  
 además de su <sup>trapería</sup> en Platería, su  
 Malecón, su <sup>pleyto de</sup> ~~cas~~ <sup>cas</sup> ~~trapería~~ <sup>trapería</sup> ~~mil~~ <sup>mil</sup> para un  
 habitante del país más allá de los Alpes,  
 se encuentra también en su Catedral,  
 cuya torre es cantada por Dictinio

Dictinio de Castillo Elejabeytia murió: la noticia me llega desde la lejana Murcia, donde él y yo nos conocimos hace más de 40 años. La espiritualidad del poeta Dictinio tiene tres centros: Galicia. Nació en El Ferrol y es, como decía Azorín, «hombre de mar». Fue oficial de marina. Su obra esencial la bautizó: «Argos, poema del mar y del alma». El «ancho mar» domina sus visiones poéticas, y Argos es el nombre del buque que fue construido bajo la protección de Minerva, amiga de Jasón y sus «argonautas», miembros de la expedición en busca del vellocino de oro —magnífico símbolo para un poeta, cuya cuna se encontró en la tierra de las rías.

El segundo centro es: Murcia, me conmueve la evocación de esa región regada por el río Segura, con sus huertas, sus vestigios árabes, su Universidad regida en aquellos años por don Jesús Mérida, posteriormente Obispo de Astorga que con tanta benevolencia intervinó por mi permanencia como lector de alemán en la Universidad cuando fui, en noviembre de 1943, recla-

-3-  
en la siguiente poesía fue yo me sé de me-  
moría y fue reúne preferidos epítetos suyos:

«Pétreo canción primaveral del cielo,  
nuncio gentil de acequias y rosales,  
en tu alado perfil de verticales  
golondrinas te cercan con su vuelo.

Tu levantino mástil primoroso,  
céfiras de azahar bebe amoroso,  
auras del Malecón y de Espinardo,  
brisas de Monteagudo y de La Alberca.»

Le veo a Dictinio <sup>alto de talla, de gran estatura,</sup> delante de mí, <sup>(rodeado)</sup>  
de una peña de amigos a la cual pertenecían  
el pianista José Agüera, el violinista Antonio  
García Rubio, el sacerdote con el corazón amplio  
don Recesvinto Martínez Montejano que me regaló  
«Las confesiones» de San Agustín recomendándome  
su lectura en español, Juan Coca el murciano  
de madre francesa que enseña hoy su lengua ma-  
terna en Madrid, pero también, para decir nom-  
bres internacionales conocidos: Santiago  
Montero Díaz, el filósofo con miras políticas

muy suyas e independientes, gallego él también,  
después el historiador literario conocido incluso más  
allá de las fronteras de su patria: Ángel Valbuena  
Prat, catalán sin ser anti-castellano; el padre  
Sureda de Mallorca, infatigable en realzar la  
figura medieval, entre cristianos y mahometanos:  
Ramón Llull! No puede faltar en este  
famoso círculo el gran Antonio Santucci, mi  
inolvidable colega en la Universidad, lector de  
italiano y aliado en mucha común antipatía  
contra las dictaduras, y Eucilio Fuidobro, doctor en  
filosofía y letras, catedrático de las universidades  
de Linz y de la Humboldt-Universität de Berlín, docen-  
tista de poesía, y, last but not least, mi entrañable  
amigo leonés de Hoyos Ruiz, grecista que se divertía  
también el italiano y —el árabe! Se divertía  
sobremedida cuando yo contaba, como los alumnos  
alemanes del Kaiser-Wilhelm-Gymnasium de mi  
ciudad natal de AACHEN (Aquisgrán) aprendían el  
griego dibujando los acentos (Akut, Gravis, Circum-  
flexa!), declinando, en el aire y para el iota sub-  
scriptum en el caso dativo, pisaban fuertemente  
el suelo, desde un asiento.

mado a reincorporarse a filas —desde luego sin éxito—. Murcia, además de su Trapería, su Platería, su Malecón, su plenitud de luz inverosímil para un habitante del país más allá de los Alpes, se concentra también en su catedral, cuya torre es cantada por Dictinio en la siguiente poesía que yo me sé de memoria y que reúne preferidos epítetos suyos:

«Pétreo canción primaveral del cielo,  
nuncio gentil de acequias y rosales,  
en tu alado perfil de verticales  
golondrinas te cercan con su vuelo.

Tu levantino mástil primoroso,  
céfiras de azahar bebe amoroso,  
auras del Malecón y de Espinardo,  
brisas de Monteagudo y de La Alberca.»

Le veo a Dictinio de gran estatura, rodeado de una peña de amigos a la cual pertenecían el pianista José Agüera, el violinista Antonio García Rubio, el sacerdote con el corazón amplio don Recesvinto Martínez Montejano que me regaló «Las confesiones» de San Agustín recomendándome su lectura en español, Juan Coca el murciano de madre francesa que enseña hoy su lengua materna en Madrid, pero también, para decir nombres internacionalmente conocidos: Santiago Montero Díaz, el filósofo con miras políticas muy suyas e independientes, gallego él también, después el historiador literario conocidísimo más allá de las fronteras de su patria: Ángel Valbuena Prat, catalán sin ser anti-castellano; el Padre Sureda de Ma-



-5-  
 El tercer centro de vida espiritual y ma-  
 terial será —¿qué duda cabe?— Ale-  
 mania, la Universidad de Heidelberg,  
 donde Karl Jaspers, Friedrich Gundolf,  
 Max Planck vivían. No lejos de  
 Tübingen Hölderlin quien hubiera gusta-  
 do conocer a Dictinio más que Goethe a  
 Hoyos!

Termino esta evocación de ilustres  
 muertos —casi todos ya se despidieron—  
 con un suspiro nostálgico que, si  
 se materializara, sería visible desde  
 las Siete Montañas, cerca de BONN,  
 donde nació Beethoven, por el Rin  
 hasta el río Segura, y murmurando  
 estos versos panegíricos de Dictinio  
 que dirigí glorificando a su España:  
 «Oh tierra, del Apóstol preferida,  
 atalaya de Europa entre dos mares,  
 patria de Iñigo y de Fray Luis, erguida  
 sobre un lecho de espumas y azahares».

«Alza tu amor mi soledad, unjida  
 por palomas, acequias y olivares,  
 que le ofrecen tu voz de romancero  
 en las alas de un viento mensajero».  
 (La avena de Dafnis).

llorca, infatigable en realzar la figura medieval, entre  
 cristianos y mahometanos: Ramón Llull! No puede  
 faltar en este famoso círculo el gran Antonio Cantucci,  
 mi inolvidable colega en la Universidad, lector de ita-  
 liano y aliado en nuestra común antipatía contra las  
 dictaduras, y Emilio Huidobro, Doctor en filosofía y  
 letras, catedrático de las Universidades de Lima y de la  
 Mandels hoh schule de Berlín, demócrata de pasión, y, last  
 but not least, mi entrañable amigo Antonio de Hoyos  
 Ruiz, grecista que domina también el italiano y el  
 árabe! Se divertía sobremanera cuando yo contaba,  
 cómo los alumnos alemanes del Kaiser-Wilhelms-  
 Gymnasium de mi ciudad natal de AACHEN (Aquis-  
 grán) aprendían el griego dibujando los acentos (Aküt,  
 Gravis, Circumflex!), declinando, en el aire y para el  
 iota subscriptum en el caso dativo, pisaban fuertemente  
 el suelo, desde su asiento.

El tercer centro de vida espiritual y material será  
 —¿qué duda cabe?— Alemania, la Universidad de Hei-  
 delberg, donde Karl Jaspers, Friedrich Gundolf, Max  
 Planck vivían. No lejos de Tübingen Hölderlin quien  
 hubiera gustado conocer a Dictinio más que Goethe a  
 Hoyos!

Termino esta evocación de ilustres muertos —casi  
 todos ya se despidieron— con un suspiro nostálgico  
 que, si se materializara, sería visible desde las Siete  
 Montañas, cerca de BONN, donde nació Beethoven,  
 por el Rin hasta el río Segura, y murmurando estos  
 versos panegíricos de Dictinio que dirigí glorificando a  
 su España:

«Oh tierra, del Apóstol preferida,  
 atalaya de Europa entre dos mares,  
 patria de Iñigo y de Fray Luis, erguida  
 sobre un lecho de espumas y azahares;  
 alza tu amor mi soledad, unjida  
 por palomas, acequias y olivares,  
 que le ofrecen tu voz de romancero  
 en las alas de un viento mensajero».

(La avena de Dafnis)